

# Dios De Mis Padres... ¡MI DIOS!

**Silvia** Palacio

Editado por: **Comunidad Cristiana - Jujuy**  
Fotografía: **Humahuaca Ser Jatun Inti**

<http://comunidadcristianajujuuy.com/>

 **EDICIONES** COMUNIDAD  
**R I S T I A N A**  
J u j u y



Del poder de tus hechos estupendos  
hablarán los hombres, Y yo publicaré  
tu grandeza.  
**Salmos 145:6**







*“ Dios está llamando a una generación de hombres semejantes a Josué y Caleb, que continuarán la obra cuando los que nos presiden hoy ya no estén ”*

SILVIA PALACIO

## Dios de mis padres... ¡MI DIOS!

**M**E GUSTA observar a los cristianos jóvenes. Son lindos. Fuertes. Llenos de vida, de ganas de hacer cosas. Todos parecen destinados a triunfar. Mirando esos rostros es difícil imaginar derrota en el futuro de cualquiera de ellos. Más ahora, que Dios está llevando de triunfo en triunfo, de gloria en gloria. Grandes luchas seguidas por grandes victorias. Un avance sostenido, sin retrocesos ni retiradas.

Luego me pregunto: ¿Estarán preparados para soportar el peso del triunfo? Se necesita madurez, aplomo y, sobre todo, integridad para vivir en victoria.

Satanás siempre procura impedir que seamos vencedores. Tiene dos tácticas predilectas que utiliza en nuestra contra.

La primera es mantenernos en un estado de derrota, no permitirnos alcanzar la victoria. Nos sale al paso a cada instante con tentaciones diversas. Bombardea nuestra mente con pensamientos negativos sobre nosotros mismos. Nos acusa para que nos sintamos culpables y miserables.

Si no logra su objetivo, si lo vencemos y alcanzamos triunfos en Dios, usa su segunda estrategia: desvanecer la victoria. ¿Cómo? Contaminándonos. Dirige sus dardos más arteros a la mente y a las emociones para confundirnos, infatuarnos, torcer las intenciones del corazón, hacernos sentir fuertes y poderosos por los triunfos logrados. Invencibles. Como quienes ya conocen el camino.

Si resultamos vulnerables al ataque, llegamos a pensar que conocemos el “secreto” de la victoria. Empezamos a sentirnos seguros y confiados. Y en ese punto toda nuestra fuerza se convierte en debilidad. Caemos. Dijo el rey Salomón:

18 Antes del quebrantamiento es la soberbia,  
y antes de la caída la altivez de espíritu.

—PROVERBIOS 16:18

Satanás es muy astuto, y sus tentaciones sutiles. Las más de las veces ni nos damos cuenta de que es su lúcida inteligencia la que está detrás de aquella ‘inocente propuesta’ que nos hace caer. ¡Sus métodos son tan efectivos que no precisan ser originales! Con los mismos viejos engaños ha ido envolviendo y destruyendo a los hombres a través de todas las generaciones. No debemos ignorar sus maquinaciones (ver 2<sup>da</sup> Corintios 2:12), sino estar preparados para contener su ataque y reprenderlo. ¡Tenemos que poner al diablo en retirada!

Desvanecer la victoria es una de sus tácticas favoritas. Muchos caen por imprudentes y descuidados. La palabra nos insta: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor” (Filipenses 2:12). A veces, desaprensiva e ingenuamente, pensamos que ya está todo logrado, que las cosas marchan bien y que continuarán así siempre. Olvidamos la admonición de 1<sup>ra</sup> Corintios 10:12: “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga”.

Hay una clave para poder mantenernos en victoria: *andar en integridad y temor de Dios*. Es la única forma en que el triunfo no nos infatúe y terminemos creyendo que, en alguna medida, lo hemos obtenido por nuestra capacidad, sabiduría o espiritualidad.

## Integridad

La integridad es una actitud ante la vida. Un modo de definición frente a las situaciones y circunstancias. Ser íntegro es ser recto, probo, sin dobleces. Tener convicciones y mantenerlas. Implica compromiso con la verdad, con la voluntad eterna de Dios claramente expresada a través de su palabra.

Hay un lineamiento general de conducta permanente e inamovible, para todos los cristianos de todos los tiempos, el cual nos ha sido confiado por el Señor. El espera que vivamos conforme a esos principios. Que los respetemos. Que los guardemos. Que los amemos. “¡Oh, cuánto amo yo tu ley!”, exclamó el salmista. Precisamente, el Salmo 19 nos ayuda a alcanzar una mejor comprensión del bien que produce en la vida el guardar los mandamientos del Señor.

7 La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo.

8 Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; El precepto de Jehová es puro, que alumbró los ojos.

—SALMOS 19:7-8

## Temor de Dios

Hoy las congregaciones renovadas están llenas de jóvenes. Pienso en ellos e inmediatamente me remito a los primeros capítulos del libro de Deuteronomio.

Deuteronomio quiere decir ‘segunda ley’. El libro reitera la ley dada por Dios al pueblo de Israel en el desierto, cuando recién salía de Egipto. ¿Porqué repetir todo otra vez? Por ser otros los receptores y su situación diferente. Es preciso dar un nuevo enfoque de aquellas mismas cosas, ampliarlas y colocar el énfasis en los puntos débiles.

Comienza con Moisés de pie frente al pueblo al cual ha conducido durante cuarenta años. Ha rogado a Dios que le permita entrar con ellos a la tierra prometida, pero Dios se lo ha negado. Le ha dicho: “Basta; no me hables más de este asunto” (Deuteronomio 3:26).

Entonces Moisés empieza su largo y substancioso discurso de despedida. Primero hace un repaso de la travesía por el desierto con sus altibajos, y con la poderosa mano de Dios sosteniéndolos. Luego apela a la sumisión de ellos al Señor y a su obediencia a todos los mandamientos. Les da instrucciones claras y precisas sobre diversos aspectos de la vida y finaliza bendiciendo a las doce tribus.

Pero, ¿a quiénes habla estas palabras? A la generación que ha nacido en el desierto y a los que han salido de Egipto siendo pequeñitos. Porque el resto, los mayores, conforme a la palabra dada por Dios, han muerto en el desierto, a causa de su incredulidad. Estos son los hijos de aquellos que, guiados por Moisés, cruzaron el Mar Rojo en seco, fueron testigos de los prodigios y milagros realizados por Dios tanto en Egipto como en el desierto, comieron del maná y saciaron su sed con el agua de la roca.

Pero la nueva generación no ha vivido estos acontecimientos, y los que sí lo hicieron, fueron conducidos de la mano por sus padres a través de ellos más como espectadores que como protagonistas. Han oído de todas estas cosas, o las han vivido de niños o de jovencitos. Pero el obrar de Dios no ha venido a través suyo, sino de sus mayores. Son la segunda generación. Y si bien están incluidos en el pacto y los planes de Dios (cap.5:2,3), es necesario que el Dios de sus padres se convierta en su propio Dios, que lo vean, que lo palpen, que lo vivan.

Lo primero que Moisés quiere imprimir en el corazón de ellos es el temor de Dios. Quiere meterlo bien adentro, dejarlo grabado como por fuego. Porque un gran peligro acecha a la segunda generación: llegar a las cosas santas de un modo liviano y profanarlas. Como se han criado y movido en un ambiente donde lo santo es lo habitual, entran en una excesiva familiaridad con ello y corren el riesgo de desvalorizarlo, tratarlo como cosa común y caer en el manoseo.

Un ejemplo claro lo constituyen los hijos del sacerdote Elí (ver 1<sup>ra</sup> Samuel 2:12-36). Han pasado toda su vida en el templo, entre los sacrificios y las ofrendas. Ellos mismos deben ejercer el oficio sacerdotal. Por estar tan habituados a esas cosas, no les dan ningún valor, al punto de menospreciarlas. Y cuando alguno viene para efectuar un holocausto, ellos, antes de que sea ofrecido, eligen las mejores partes para sí, y trozan el animal para tomarlas. Eso va en contra del mandamiento del Señor, pero a ellos no les importa. Les parece lo mismo dar a Dios los trozos de un cordero despedazado que el animal entero, como está indicado en la ley. Profanan el sacrificio. Y el furor de Dios se enciende contra ellos. No sólo los mata (cap.4:11), sino que pronuncia maldición sobre toda su descendencia. Elí no ha sabido enseñar el temor de Dios a sus hijos, ni gobernar con firmeza sobre sus vidas.

Otro caso notable son los hijos de Aarón, el sumo sacerdote (Levítico 10:1-11). Aparentemente entran a ministrar ebrios en el templo. Dios ha ordenado que el incienso se encienda con fuego del altar. Pero ellos no dan importancia al mandamiento. ¡Han mecido tantas veces el incensario delante de Dios, que ya están ‘cancheros’! Es tan sencillo el oficio que hasta creen poder cumplirlo bebidos. Y como se olvidan de encender sus incensarios antes, hacen su propio fuego y queman el incienso allí (¡quién sabe qué incienso!). La ira de Dios se derrama en muerte sobre ellos.

Es el temor de Dios lo que ha de preservar la santidad en nuestras vidas. Y es sólo el temor de Dios lo que nos dará prosperidad y largos días sobre la tierra.

Creo que todo joven debería leer y meditar repetidas veces el libro de Deuteronomio, especialmente los primeros doce capítulos, teniendo en cuenta el énfasis que Moisés le ha colocado. Vez tras vez aparecen expresiones como la del cap. 6:12,13: “Cuídate de no olvidarte de Jehová” . . . “a Jehová tu Dios temerás”. Y la del 7:6: “Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios”, y la del 7:9,10: “Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo”.

Esa es la tónica del discurso de Moisés. Es que él desea preparar al pueblo para entrar a poseer la tierra en victoria. Irán en triunfo y poder. Pero para que esa victoria no se corrompa, no se contamine, no se pudra, deben guardar puros sus corazones en el temor de Dios y rectas sus vidas en el cumplimiento de sus palabras.

### **El Dios de nuestros padres**

El Señor, Dios de nuestros padres, tiene que llegar a ser nuestro Dios, Dios cercano, real, vivo. Mientras seamos cristianos de segunda generación estaremos expuestos a las trampas del diablo. Nadie que viva de una experiencia espiritual superficial puede echar raíces profundas. Es nuestra decisión el arraigarnos en Dios o no. ¿Aceptaremos el desafío?

Hay una noche en mi recuerdo en la que Dios impresionó mi alma de un modo que jamás olvidaré. Fue durante los primeros días de la enfermedad que llevó a la muerte a Roberta Bentson.

Eran como las diez de la noche. Mi marido y yo llegamos a casa de Keith para obtener noticias sobre su esposa. Ella estaba internada y acababan de hacerle algunos estudios. Nos recibió su hijo Edy. Estaba esperando a su padre. Tenía en sus manos el sobre con los resultados de la tomografía computada. Keith llegó casi de inmediato. Nos sentamos en la sala. Su hijo le entregó el sobre. El lo abrió y le devolvió el contenido a Edy, que es médico, para que lo interpretara.

Mi marido y yo nos miramos. Jorge preguntó si preferían que los dejáramos solos. No queríamos interrumpir su intimidad en un momento tan difícil. Keith sonrió y dijo que no. Todos mirábamos a Edy, esperando la noticia. Finalmente, él levantó los ojos y con dolor dijo: “Papá, es un cáncer. Está ramificado por todo el cerebro”.

Hubo un segundo de silencio total. Luego Keith cayó sobre sus rodillas y comenzó a glorificar al Señor y a bendecir su nombre, derramando su alma delante de él. Había una presencia de Dios tal, que casi lo podíamos palpar. Todos caímos de rodillas. Comencé a llorar pensando en Roberta. En ese momento Keith se volvió hacia mí, puso su mano sobre mi hombro y exclamó: “¡Que mi Dios sea tu Dios!”

Me sobrecogí. Fue un momento tan especial como no recuerdo otro. Un momento de Dios. Aquel siervo de Dios, tan cercano al Señor, tan permeado por su presencia, estaba ordenando a mi espíritu ponerse en línea y entrar en una nueva dimensión del conocimiento de Dios. ¿Acaso podía yo, inexperta, inmadura y tan lejana a la espiritualidad de ese varón vivir a Dios de la forma en que él lo vivía? Sólo sé que algo prendió en mi espíritu y, de repente, Dios se agigantó ante mis ojos y un temor, un santo temor, comenzó a invadir mi ser. Fue uno de esos momentos en los que Dios lo llena todo, dentro y fuera de uno. Me dí cuenta de la grandeza de Dios. Percibí que implicaba

compromiso el vivir con y para un Dios así. No podía medir todo el significado de ese encuentro con Dios, pero me había sido ministrada vida, realidad. De repente, Dios había avanzado hacia mí y yo hacia él tan abruptamente que prácticamente había quedado incrustada en él, abrazada y envuelta por él. Tuve una sensación de paz y a la vez de creciente temor y asombro ante su grandeza y santidad.

Tengo la impresión de que nunca volví a ser la misma. Porque cada vez que consciente o inconscientemente intento zafarme de su voluntad, simplemente no puedo. Su temor vuelve a caer sobre mí y no me atrevo a contrariar a ese Dios tan tremendo: Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, y de Keith. . . ¡mi Dios!  
¡Que mi Dios sea tu Dios!

### **Camino a la victoria**

Volviendo a Deuteronomio, creo que es Josué quien saca mayor provecho de las palabras de Moisés. A él le toca continuar la obra, llevar las cosas en avance, según el perfecto diseño de Dios y en el centro de su voluntad. No está llamado a repetir la actuación de Moisés. Tiene un camino nuevo por delante. Una nueva situación. Diferentes logros por alcanzar. Y el Señor le indica avanzar: “Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas” (Josué 1:9). El recoge el desafío. También los que lo acompañan. Juntos marchan a poseer la tierra en victoria.

Dios está llamando a una generación de Josués, de Calebs y de hombres semejantes. ¿Quiénes continuarán la obra cuando los que nos presiden hoy ya no estén? ¿Habrá quien recoja el estandarte y se disponga a cruzar el Jordán para librar las batallas a las que el Señor lo llame? ¡Seguramente! Pero, ¿serán los jóvenes de esta generación? ¿O se limitarán a seguir al Dios de sus padres, a repetir las acciones de la generación anterior (sin alcanzar sus hazañas, por supuesto), a tratar de mantener las cosas ‘andando’ como han aprendido?

¡No funcionará! Dios es un Dios vivo. No hace hoy lo que hizo ayer. ¡Se mueve! Y para poder moverse con él tienen que aprender a reconocer su voz, discernir su Espíritu, entender el tiempo que les toca vivir y saber lo que Dios quiere hacer en este día nuevo.

Sus líderes interpretan hoy la voz de Dios para esta generación, pero mañana, ¿quién lo hará? Urge que los jóvenes dejen de ser cristianos de segunda generación. Que vivan una experiencia de primera mano. Que palpén, que toquen a Dios. Que reconozcan el genuino obrar del Espíritu. Porque tendrán que avanzar hacia nuevas situaciones en el cumplimiento del plan del Señor. Las batallas serán nuevas. Los caminos nunca andados. Y habrá que moverse a la voz del Señor, como Abraham, sin saber hacia dónde se va. No hay patrones. No hay formas. No hay moldes. Sólo un modelo. Sólo un diseño. ¡Todo está en las manos del Señor! Solo él conoce qué nuevas brechas será necesario abrir mañana, y por cuáles canales fluirá la bendición. ¡Solo él! Necesitas un Dios propio. No un Dios del cual te han hablado, sino un Dios de quien puedas hablar en forma personal.

No es un camino fácil. Resulta estrecho porque está flanqueado por dos paredes muy altas: integridad y temor de Dios. Tienes que renunciar a llevar contigo las cosas que no caben. Pero no hay otra senda que conduzca a la victoria.

## ACERCA DE LA AUTORA



**Silvia Palacio** es esposa de Jorge Himitian y madre de cinco hijos. Ha escrito muchos artículos y ministrado muchas veces en reuniones femeninas en Argentina como también en otros países. Vive en la ciudad de Buenos Aires.